

Randolph D. Pope

Cervanteando con Juan Goytisolo

Juan Goytisolo ha utilizado con frecuencia un verbo inusitado, *cervantear*. En vez de intentar la imposible empresa de ofrecer la precisa definición de un término esquivo y aleatorio, quisiera indagar en la práctica que parece sugerir: actuar como Cervantes. Mi punto de partida es un ensayo de *Disidencias* llamado "Lectura cervantina de *Tres tristes tigres*". Cuando Goytisolo adopta la voz de otro, cuando afirma que está leyendo no bajo sus propias señas de identidad sino bajo las de Cervantes, no hace sino seguir a un autor que afirmó traducir a Cide Hamete entre otras maniobras para escamotear la propia persona dándoles a otro la palabra, Dorotea, el ventero (quien, a su vez, lee), y tantos otros. Pero, ¿qué tipo de lectura es la que haría Cervantes de acuerdo a Goytisolo?

El ensayo de Goytisolo comienza con una erizada lectura de otro texto, acumulación de palabras sobre palabras que es también cervantina:

En su *Vida de don Quijote y Sancho*, al llegar al capítulo sexto de la primera parte de la obra, consagrado al escrutinio de la biblioteca del hidalgo por el cura y el barbero, Unamuno lo despacha con estas breves líneas sentenciosas: "Todo lo cual es crítica literaria que debe importarnos muy poco. Trata de libros y no de vida. Pasémoslo por alto". (193)

Y Unamuno, en efecto, sigue adelante restándole importancia a la escena que protagonizan los improvisados críticos literarios. Conviene detenerse en esta distinción típicamente pedagógica de Unamuno entre las partes de un libro que tratan de otros libros de manera manifiesta y las partes que - aun siendo libros - tratan de otros aspectos de la vida. Para muchos, sin duda alguna, nunca ha sido la vida tan intensa como cuando han sido lectores y se han perdido o encontrado en las regiones de Combray, Vetusta o Macondo, pero para el pensador salmantino, siempre rebelde ante cualquier situación en la cual su propio yo fuera disminuido o amenazado con la extinción, la vida imaginada debía distinguirse de la vivida, la encarnada. Es posible que haya aquí más miga de lo que parece a primera vista y que esta valoración dispar - lo que Unamuno pasa por alto le parece esencial a Goytisolo - ilumine una diversidad de opinión que todavía subyace a la crítica literaria, crítica cuyo valor rara vez se pone en cuestión dentro de la academia, pero con frecuencia se descarta como marginal o intrascendente fuera de ella. La literatura se ha declarado arte por el arte, modelo humanista, objeto científico de análisis, instrumento de función social, juego liberador, modelo psicoanalítico, tejido de un lenguaje ilimitado y otras categorías siempre inestables y disputadas, a las que subyace la oposición que tan nítidamente presentan Unamuno y Goytisolo.

Goytisolo califica la interpretación de Unamuno de torcida y lo acusa de ser un realista pedestre. Es curioso que no la llame errada, lo cual la haría simplemente insignificante, sino que claramente detecta que al desdeñar las actividades y preocupaciones del capítulo sexto Unamuno está interpretando el resto del texto, afectando al libro entero y rebatiendo una forma de leer que haría precisamente de este capítulo - del texto textualizante, de la metaficción y la crítica - el lugar hermenéutico por excelencia.

A continuación afirma Goytisolo:

Cuando la vida entra en los libros se transmuta inmediatamente en 'literatura', y como tal debemos juzgarla. A decir verdad, el capítulo sexto desempeña un papel fundamental en la novela, hasta el punto de que sin él el *Quijote* no existiría. (193)

Curiosamente aquí Goytisolo, por los azares de toda dialéctica negativa, le concede a Unamuno su distinción entre literatura y vida con lo cual, *horribile dictu*, deben estar de acuerdo en que la vida *entra* en los libros mediante la alquimia literaria. Pero Goytisolo se ve obligado a afirmar que esto ocurre en todos los libros, los cuales, como un rey Midas, al tocar la vida la transforman en literatura. El "debemos" con que Goytisolo intenta hacernos participar taxativamente de su opinión puede y hasta debe resistirse. ¿Qué significa "juzgar como literatura"? En la práctica no cabe duda que una gran cantidad de lectores no sabrían exactamente cómo decantar este juicio de tal manera que no se introdujeran elementos de la vida diaria—y no está claro que también, en las frecuentes referencias a la sociedad, la cultura, la economía, el género y el poder, por ejemplo, de que se ven profusos ejemplos en la crítica contemporánea, los críticos profesionales pudieran distinguir claramente lo que es "literatura" de lo que es "vida".

"A decir verdad", escribe Goytisolo, sugiriendo que Unamuno no la ha dicho. Unamuno, en cambio, afirma que la crítica literaria debe *importarnos* muy poco y por ello si el capítulo juega o no un papel crítico en la novela, si no le interesa al lector salmantino, es descartable: el lector reclama la prioridad y se autoriza a sí mismo sobre el autor del texto. Es del todo lógico e indiscutible que el *Quijote* que conocemos sería otro sin estas páginas, un libro diferente, pero ¿en qué forma no existiría el *Quijote*? ¿Sería tan grande la diferencia?

De esta discrepancia comienzan a revelarse dos modos de lectura muy diversos y que convendría examinar más de cerca. Veamos primero cómo Goytisolo pretende concluir la faena:

Lo que Unamuno pasó por alto fue, nada menos, la maravillosa galería de espejos cervantina, ese juego a la vez destructivo y creador con los diferentes códigos literarios de su tiempo, demostrando una vez más—como si ello fuera aún necesario—su insensibilidad

total a una obra tan ajena como infinitamente superior a la suya. (193)

No hay duda de que en estas líneas Goytisolo revela su propia insensibilidad ante la obra de Unamuno. Como en la oposición establecida por Paul de Man entre la ceguera y la percepción profunda, siendo una condición de la otra, estos dos escritores, admirables a su modo, similares en ser, queriéndolo o no, figuras y personajes notables de la historia de la literatura - no sólo una firma, sino una voz y una historia personal - ven en el *Quijote* dos libros diversos y hasta contradictorios.

Unamuno se detiene en otro lugar que el que le interesa a Goytisolo, para comentar extensamente la declaración que don Quijote hace a su vecino, el labrador Pedro Alonso: "¡Yo sé quién soy!" Escribe Unamuno que se trata de una "sentencia preñada de sustancia" (*Vida de don Quijote y Sancho*, 81), y acaso convenga tratar de determinar su gravidez. Propone Unamuno que la afirmación de don Quijote no se refiere al momento presente, lo que sería un saber o sabor amargo, sino que el hidalgo "discurría con la voluntad, y al decir '¡Yo sé quién soy!' no dijo sino '¡Yo sé quién quiero ser!'" (82). En esto me parece que acierta Unamuno y permite entrever mejor la radical diferencia de lectura que existe entre él y Goytisolo. Uno de ellos ve al hidalgo poniendo a prueba sus lecturas en el campo abierto, entre labradores y molinos, ovejas y barberos, duques y todo tipo de personas/personajes que lo sitúan, lo interpelan y lo colocan en su lugar. El otro ve a un autor empeñado en los malabarismos más brillantes y profundos de la literatura y al hidalgo ingresando palabra a palabra al Parnaso. Se trata, como las famosas lecturas llamadas blandas y duras, de interpretaciones que el texto permite y que podrían discutirse eternamente sin llegar a una obligada conclusión. Mi interés en plantear esta disyuntiva es hacer visible la razón de la incomodidad de Goytisolo con Unamuno. Si se tratara solamente de un desacuerdo personal no valdría la pena examinarlo, pero ofrece un ejemplo notable de dos maneras de leer que siguen lidiando en la mejor crítica literaria.

Unamuno se concentra en la creación del personaje, en la labor ardua y llena de inesperados vericuetos que lleva de don Alonso a don Quijote: "sólo existe lo que obra y existir es obrar" (132). No se trata para Unamuno de crear una obra literaria, sino de obrar para llegar a ser y persistir en la memoria y la fama. En este sentido la novela se transforma en espejo no a la orilla del camino sino frente al propio rostro, pues la lectura que Unamuno recomienda es una que termina en escrutinio no de bibliotecas ajenas, sino del propio ser:

...es cobardía de pensar lo que nos tiene tan abatidos. Es cobardía de afrontar los eternos problemas, es cobardía de escarbar en el corazón; es cobardía de hurgar las inquietudes íntimas de las entrañas eternas. Esa cobardía lleva a muchos a la erudición, adormidera de desasosiegos del espíritu u ocupación de la pereza espiritual; algo así como el juego del ajedrez. (234)

En su *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*, apunta Unamuno que “si es terrible caer como en profesión en fabricante de novelas, mucho más terrible es caer como en profesión en lector de ellas” (1181). La acción, la encarnación de la lectura y no la lectura misma es lo que le parece a Unamuno más ejemplar del *Quijote*. No en vano compara a don Quijote con Ignacio de Loyola, quien también fuera amigo de leer libros de caballerías y, como don Alonso Quijano, decidió no escribir otros - no hacerse libro - sino librarse poniéndolos en práctica, pues, cita Unamuno de la *Vida* de Loyola, comenzó a “trocársele el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía” (*Vida de don Quijote y Sancho*, 71). No juzgar, sino imitar y obrar.

En cambio, asegura Goytisolo en una entrevista publicada en *Disidencias*, “desde el comienzo mismo de la obra, Cervantes nos invita a que la contemplemos no como un ‘trozo de vida o realidad’, sino ante todo como un objeto literario” (310). No difiero de este juicio, siempre y cuando se añada que todo el libro es insistentemente una escéptica, irónica y desacralizadora representación de la literatura.

La pregunta no es, ¿cómo es posible soslayar que una y otra vez, desde el prólogo mismo, se muestra la capacidad de los textos literarios para engañar, distraer, confundir, cegar - se pueden añadir otros verbos - a los personajes? Esto no sería posible si no trataran de poner sus lecturas en práctica, si no las tomaran como modelos de vida, si no fueran fuente de imitación. ¿No debieran serlo? Pero entonces la vida se reduciría a una biblioteca en una casona rural de una aldea manchega. El error hace posible la grandeza, la lectura desatinada, la inspirada. La pregunta que podemos hacer es ¿por qué elige Goytisolo ignorar esta dimensión de la novela? Esto resulta especialmente curioso en un autor que ha hecho de su propia vida una exigencia de sinceridad y que ha encontrado en la tradición literaria modelos que le han servido de orientación a su propia vida. Creo que la razón debe encontrarse en otro lugar de la misma entrevista, en la cual revela Goytisolo lo siguiente:

Confieso que el papel del intelectual desfacedor de entuertos frente a todas las injusticias del mundo me seduce cada vez menos. Me parece un residuo laico de la religión cristiana, una especie de ejercicio de ‘santidad cívica’ tan autosatisfecho como ineficaz. (301)

La palabra *ejercicio* en este contexto remite otra vez a Ignacio de Loyola y su voluntad de practicar en su propia vida sus lecturas - de situarlas, de encarnarlas en una manera de ser y actuar, mientras que se distancia claramente de Alonso Quijano al no querer ser “desfacedor de entuertos”.

No pretendo que inscripción (meterse en un libro, marginarse dentro de él),

y encarnación sean excluyentes, ni las destaco como categorías de las cuales una sea superior a la otra. Son estrategias diversas y las dos aparecen dramatizadas en el *Quijote* mismo. Hasta cierto punto estos extremos se tocan, pues ambas tienen en común darle una cierta importancia al texto literario, aunque una tiende a envolverlo todo en el tejido de la escritura mientras que la otra busca un espacio en el cual pueda sentirse la plenitud de una existencia libremente elegida. Goytisolo mismo ofrece la otra cara de la moneda:

A la verdad, toda mi actual experimentación literaria va acompañada de un deseo o propósito de descalificación moral; de decir lo 'indecible', de desautorizarme a ojos del intelectual humanista clásico. [...] Claro está que esta antimoral constituye una forma de moral a la inversa, con lo que no puedo escapar del círculo vicioso. [...] Volviendo al tema: la función crítico-moral del intelectual humanista me parece no sólo útil, sino necesaria. (302)

¿Librarse de lo cotidiano haciéndose libro, autor o lector, o encarnar la idea y hacer del libro ejercicio y práctica? Quizás haya que tomar de esto y de aquello, reivindicar ambas actividades como formas alertas y ejemplares de lectura y seguir así, ambigualmente, *cervanteando*.

Obras Citadas

- Goytisolo, Juan. "Lectura cervantina de *Tres tristes tigres*," en *Disidencias*. Barcelona: Seix Barral, 1977. 193-219.
- Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho*. En *Obras completas. III. Nuevos ensayos*. Madrid: Escelicer, 1968. 49-256.
- . *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*. En *Obras completas. II. Novelas*. Madrid: Escelicer, 1967. 1155-1181.